

El fogón de la peonada



La botija de los espíritus

—2—

Miguel Salguero

Pero el doctor Castro salía por las noches a velar por su botija. En alguna parte de la Casa Grande estaba enterrado un gran tesoro en monedas y joyas. Muchos huecos se veían en las paredes del ala que daba a la glorieta, en donde una bellísima cubría con sus millones de florecillas los bancos de cal y canto. ¿Será aquí?, nos preguntaba el primo Jorge, con su sonrisa de buena gente. ¿O será en el comedor? ¿O en la otra parte, en los dormitorios? Una noche vino gente de esa que habla con los espíritus. La reunión fue larga pero poco provechosa, porque en el momento solemne un vampiro revoloteó en el sombrío cuarto y todos salieron despavoridos.

Despavoridos, asimismo, desaparecieron en otra ocasión unos revolucionarios en ciernes, cuando la hacienda era de los Rosini. La reunión se convocó en gran secreto pues se trataba de combatir una dictadura, la de los Tinoco. Peones y patronos, si no mienten las historias, estaban confabulando una acción decisiva, cuando se presentó de improviso el tío Nenzo Díaz —nuestro bueno y grandulón tío Lorenzo—, arrastrando su pierna y con un quepis que le prestó uno de los Rosini. La impresión fue tal al ver un “militar” que implementos guerreros volaron por los aires mientras la bisoña tropa tomaba los cafetales rumbo a la Calera o al río Damas. Y adiós a la revolución.

Y aquí mismo cien pequeñas historias, como aquella de la vez que al abuelo Juan Pedro Díaz, el otro, casi lo sorprende don Federico, el patrón, con una “prueba de dulce” en la mano, porque tenía requete prohibido que los peones le quitaran miel, espumas, pruebas o sobado, menos dulce. Ni un pedacito, aunque se moliera día y noche en el trapiche grande manejado con motor de aceite. La “prueba” fue a parar a la bolsa del pantalón, a pesar de que estaba recién sacada, caliente. Una nalga se le chasparrió, bien chasparriada, al abuelo, a Tatica Juan Pedro.

Los dos abuelos vivieron y murieron aquí, en San Antonio de Desamparados. A los dos les acompañó en su última noche con los santos óleos un padre menudito y santo: Rubén Odio. Pero el abuelo Juan Pedro murió fuera de los límites de la hacienda que recorrió más de 40 años como mandador. Por eso su espíritu, en la imaginación de los 7 años, no rondaba la Casa Grande. El otro sí.

La abuela Juana lo creía, lo creían así los peones, y nosotros lo dábamos por un hecho. Prueba de ello es que la abuela cayó desmayada en el pasadizo que llevaba al corredor de atrás, el que en forma de ele recorrió la casona frente al huerto. Oyó voces de ultratumba que la apuraban a escucharlas para poder salir de penas. Pero la abuela Juana había tenido una experiencia con los espíritus en San Marcos de Tarrazú. En un cafetal, entre un halo blanco y puro, se le apareció un señor de apellido Ardón, quien le hizo una relación de promesas incumplidas, lo que no le permitía entrar al Cielo. La abuela cumplió el encargo pero su salud quedó quebrantada. Los quejidos del Corral le produjeron un choque. Después se averiguó la causa: una zorra y sus zorritos, habitantes en precario del cielo raso.